

DEJARSE TOCAR POR EL ROSTRO DEL AMADO

A veces cuesta comenzar a hablar de la experiencia vivida, porque los sentimientos se vuelcan y las imágenes transitan en la mente de continuo...

Todos sabemos la situación que ha marcado en el mundo y en mi país lo vivido con el covid – 19.

Mi corazón siempre estuvo inquieto por ayudar, y en este tiempo al ver que otros se sumaban a estar más cerca de los hermanos afectados por el virus, más sentía que debía ser parte de ello, oré mucho para que Dios así lo quisiera y pudiera servir un poquito más.



En mi comunidad estábamos colaborando en la evangelización a través de las redes sociales en junto con la parroquia y uniéndonos en oración por todo lo que se está viviendo en el mundo. Fue en ese contexto que se dio la oportunidad de hacer un voluntariado en el Pequeño Cottolengo en Santiago de Chile. Luego de consultar a mi comunidad y obteniendo su apoyo, me dirigí a nuestra hermana Superiora Provincial quien estuvo de acuerdo que participara de este servicio.

La experiencia en el Pequeño Cottolengo, hizo que mirara mucho más en profundidad el valor del servicio, sobre todo el estar junto a los hijos más amados de Dios Padre, y no solamente lo digo por quienes son residentes del lugar, sino también por quienes trabajan diariamente con ellos.

Me encontré con mujeres que lo dan todo, que son capaces de dejar lo propio para un bienestar de quienes asisten. Tocar la realidad en la historia de ellas, muchas lejos de su familia y de su país, buscando una oportunidad de poder salir adelante, aprender de cada una de ellas, dar gracias por lo que se tiene y lo que es verdaderamente importante. El corazón se estremece al ver día a día el esfuerzo y el amor que se pone en lo que se hace.

A medida que fue pasando el tiempo, Dios me permitió conocer más a cada persona que ahí estaba... aunque en los primeros días estuvo el temor de contagiarse, también estuvo la necesidad de llevar el sustento de un pan a sus casas, lo que las hace valientes. Esto me tocó muy dentro y en mi vocación, cuando el Señor me invitó a entregarme y a servirlo en contraposición al confort que muchas veces se vive en la comunidad; el sentirse acompañada de la Providencia y sobre todo en que las personas no sólo necesitaban una ayuda física o material, sino también la presencia de sentir y ver a Dios en medio de ellas. Es ahí donde tengo y tenemos la oportunidad de transformar el corazón mismo y la urgencia de salir al encuentro, de tocar y sentirse tocado en la miseria humana, de no tener miedo de embarrarse, accidentarse como dice el Papa Francisco; siento y creo que el tener la oportunidad de estar donde nadie quiere estar, acompañar, caminar junto con aquellos que más necesitan nos hace más humanos, más empáticos, más perceptivos como más hermanos. Ya no importa el cansancio y las manos desgastadas, heridas por el uso de los guantes, cloro o tanto jabón, nada se compara a los clavos que traspasaron a Aquel que se entregó primero solo por amor, para dar la salvación con una vida en Plenitud. Ser testigo del dolor me hace valorar más la vida, las palabras se acaban cuando uno de los asistidos te dice:

-Hermana ya no puedo más, me duele mucho mi cuerpo, le pido a Dios que me lleve, luego el silencio. y dice: -Pero usted me dijo un día que se haga la voluntad de Dios. Sólo sostuve sus manos y un beso en su frente dándole valor mientras lo terminaba de bañar y mudar.

O la sonrisa de otro hijo de Dios que debía salir a urgencias sin saber si volvería, y pienso en aquellos que en su servicio deben despedir a muchos más. Aprender que el amor de Dios siempre está presente en lo sencillo; al despedirme, Carlos, unos de nuestros asistidos me entrega una carta, su letra no es tan legible y desordenada debido a su capacidad diferente, en ella se ve un gracias, gracias por preguntarme como estoy o como vamos.... Y otros me dijeron: -Hermana ¿hacemos oración antes de que se vaya? ¡Que inmenso es el amor de Dios!, me sobrepasa...

Doy gracias a Dios por la oportunidad que he tenido de servir, gracias a mis hermanas, que con sus detalles pudieron hacer esto posible, partiendo de la comunidad a la cual pertenezco apoyándome en el deseo de prestar un servicio a mis hermanos. A mis hermanas de Casa Provincial que se preocupaban de que mi ropa estuviera lista, seca, planchada y ver que llegara bien y no me faltara nada para seguir cada día en el servicio, y por todos en los que me sentí muy acompañada con sus oraciones, tanto de cada una de mis hermanas como de amigos y conocidos... siento que esta experiencia deja un fuego en el corazón, que me dio la oportunidad de soltar más, de ser testigo de la mano providente del Amado y ver mis propias miserias que deben ser transformadas por y en el amor de Dios. Dar gracias a Dios por ser una gotita de agua en este mar inmenso de tantos que dan la vida por sus hermanos y no descansarán hasta que esto se acabe. Dar gracias por ser sólo un pequeño puente desgastado, por dónde pasa su amor y su palabra de esperanza para aquellos con los que pude compartir cada día. Solo pido a Dios ser digna de haber pisado tan hermoso suelo sagrado.

Solo queda decir Gracias y un ¡AVE MARIA Y ADELANTE! Y porque, ¡CARISTAS CRHISTI URGET NOS!

Hermana María Elizabeth Farfán (P.H.M.C)
Provincia Nuestra Señora del Carmen
Santiago de Chile